

Homilía del Mas Reverendo Obispo Timothy Senior

Instalación del Duodécimo Obispo de Harrisburg

Homilía

Obispo Timothy Senior

Catedral de San Patricio

Harrisburg, Pensilvania

21 de junio 2023

San Luis Gonzaga

¡Alabado sea Jesucristo!

Arzobispo Pérez, Arzobispo Pierre, nuestro Nuncio Apostólico y el representante del Papa Francisco con nosotros; el Arzobispo Chaput; Arzobispos, hermanos obispos, presbíteros, diáconos, religiosos consagrados, seminaristas, laicos y laicas; queridos familiares y amigos que han venido a Harrisburg para celebrar esta ocasión y aquellos que se unen a nosotros a través de la transmisión en vivo; representantes ecuménicos e interreligiosos que se han unido a nosotros hoy, así como elegidos del gobierno y otros funcionarios gubernamentales que sirven en la Diócesis de Harrisburg y en todo el Estado de Pensilvania. ¡Bienvenidos y muchas gracias por vuestra presencia aquí!

Sería negligente si también no volviera a agradecer al Obispo Ronald Gainer, el undécimo obispo de Harrisburg. El Obispo Gainer y yo nos conocemos por bastantes años. Nunca podría haber imaginado que algún día estaría en esta posición, pero sí digo que ha dejado un ejemplo maravilloso y un gran legado en su liderazgo aquí en la Diócesis. Obispo Gainer, ha servido a la Iglesia con tanta generosidad a lo largo de su vida como sacerdote y obispo. Como mencionó el Arzobispo Pierre, ¡hace poco cumpliste el cincuenta aniversario de tu ordenación sacerdotal! Has guiado a esta Iglesia local en Harrisburg durante más de nueve años, a través de algunos tiempos difíciles, con gran eficacia, caridad pastoral, sabiduría y gran amor por aquellos que están a tu cuidado. Todos estamos bendecidos de que continúe activo en el ministerio en la Diócesis en su jubilación. ¡Dios tiene más trabajo para ti entre nosotros! ¡Gracias, Obispo Gainer! (*Latin*) *Ad Multos Annos!*

A mis hermanos sacerdotes de Harrisburg; como mencioné en mis comentarios el día del anuncio de mi nombramiento, soy afortunado de conocer a algunos de ustedes ya, ambos de nuestro tiempo juntos en formación en el Seminario hace muchos años, como a otros, ordenados en los últimos diez años, quien me tuvo como su Rector en el Seminario San Carlos Borromeo. ¡Tengo que decir que espero que estén tan felices como yo de que me convierta en su obispo! Tengo muchas ganas de llegar a conocer a TODOS ustedes. Ustedes son mis principales colaboradores en la misión de nuestra Diócesis. Como sacerdotes que sirven a la Iglesia tan fielmente, han pasado por momentos difíciles en los últimos años. No ha sido fácil estar presente en primera línea como sacerdotes en esos tiempos. Gracias por su ministerio queridos hermanos y por dar su vida con tanta generosidad. Tengo mucho que aprender de vosotros y trabajaré duro con vosotros y para vosotros en la misión que se nos encomienda.

Aunque estos han sido años difíciles para quienes sirven en la Iglesia y, de alguna manera, para todos los católicos, es imperativo que también recordemos la dolorosa experiencia de quienes son sobrevivientes de abuso sexual. Estoy listo para hacer mi parte acompañando y ayudando a los sobrevivientes, y quiero reafirmar el compromiso de la Iglesia en Harrisburg de hacer todo lo posible para brindar atención y apoyo a los sobrevivientes de abuso sexual por parte del clero, para garantizar que las políticas y los procedimientos que existen para proteger a los niños y trabajar con los oficiales de la ley para responder a las denuncias de abuso sexual permanecerán enforzada y se seguirán revisando y fortaleciendo según sea necesario.

Nuestra Iglesia también es bendecida con el ministerio de nuestros diáconos permanentes, mujeres y hombres religiosos consagrados, y tantos fieles laicos que están dedicados a la misión de la Iglesia. Mientras todavía tengo mucho que aprender sobre mi nuevo hogar y la nueva comunidad de la Iglesia, ya sé que somos bendecidos de muchas maneras y tengo la bendición de estar entre ustedes.

Aunque muchos en nuestra diócesis han respondido generosamente al llamado de Dios en sus vidas, les pido que se unan a mí en un compromiso renovado de oración por las vocaciones en todas las formas de la Iglesia, pero especialmente en este momento por las vocaciones al sacerdocio. Por favor, anime a los jóvenes que usted crea que podrían tener una vocación al sacerdocio a pensar en ello, a estar abiertos a ello. Si conoce a un joven así, dígame por qué cree que Dios podría estar llamándolo. Su aliento puede hacer una gran diferencia en el discernimiento de un llamado de un joven. Hoy, la Iglesia observa la Memoria de San Luis Gonzaga, el joven seminarista Jesuita del siglo XVI, que es el patrón de la juventud y de los jóvenes. Es con esto en mente que, incluso mientras continuamos orando por nuestros seminaristas que ya están en formación para el sacerdocio, pedí que una oración por las vocaciones esté en la tarjeta sagrada para marcar esta ocasión y que sirva como un recordatorio para todos nosotros para mantener esta intención en nuestras oraciones. Como dijo Jesús a sus discípulos: *“La cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos. Rueguen, pues, al dueño de la cosecha que envíe trabajadores a recoger su cosecha”* (Mateo 9, 37-38).

También quiero extender un saludo especial a la creciente comunidad hispana de la Diócesis. Como tantos otros de diversas culturas que son parte de nuestra diócesis, ustedes aportan mucho a nuestra Iglesia local. ¡Nuestra diversidad cultural es una gran bendición! Espero conocerlos, apoyarlos y alentarlos en la vida de fe.

¡Pero, por favor, tengan paciencia conmigo cuando hable en español! ¡Muchas gracias!

Al comenzar mi servicio como obispo en Harrisburg, mi principal deseo es ser un buen pastor; ser un líder que es servidor primero y así anunciar el Evangelio de Jesucristo con integridad y fidelidad. Me esforzaré cada día por entregarme por completo a este servicio. Por favor, no dude en avisarme cuando no alcance esa meta. Entonces, les pido nuevamente que oren por mí, para que pueda ser el obispo que la Iglesia en Harrisburg necesita que sea.

Escucho muy personalmente en mi corazón las palabras de san Pablo a mi patrón, Timoteo, en la segunda lectura de hoy. Pablo estaba escribiendo a Timoteo animándolo en su liderazgo de la Iglesia en Éfeso; *“Por eso te invito a que reavives el don de Dios que recibiste por la imposición de mis manos...No te avergüences, pues, del martirio de nuestro Señor...(y) sufre por el Evangelio, sostenido por la fuerza de Dios.”* En el Evangelio de esta Misa, escuchamos nuevamente los nombres de los doce Apóstoles, a quienes Jesús les dio autoridad y los envió en

misión. Como ellos, a un obispo se le da autoridad y se le envía a servir a la Iglesia confiada a su cuidado. El Arzobispo Pierre me recordó esta misión cuando me informó que el Papa Francisco me había nombrado obispo de Harrisburg. Dijo muy simplemente: ¡Tu ha sido enviado! La misión es proclamar a Jesucristo: el poder eterno de Su Evangelio y el amor y la misericordia asombrosos y transformadores que fluyen de Su muerte y resurrección. El modelo de este ministerio es el mismo Jesús, quien, como Hijo de Dios, Verbo hecho carne, cumple la promesa que Dios hizo por medio del profeta Ezequiel, y escuchada en nuestra primera lectura: *¡Aquí estoy, soy yo! Vengo en busca de las ovejas, yo me ocuparé de ellas como el pastor que se ocupa de su rebaño el día en que se encuentre en medio de sus ovejas en libertad. Yo también me ocuparé de mis ovejas y las sacaré de todos los lugares por donde se dispersaron ese día de negras nubes y tinieblas... Sí, haré que ramoneen en un buen potrero, ...Buscaré a la que esté perdida, volveré a traer a la que esté extraviada, curaré a la que esté herida, reanimaré a la que esté enferma.*”

Mis hermanos y hermanas, mientras que un obispo, junto con sus sacerdotes y diáconos, tiene un papel único en este ministerio, la responsabilidad por la proclamación del Evangelio – la Alegría del Evangelio como nos recuerda el Papa Francisco tan a menudo – es compartida por todos el bautizado. Todos estamos llamados por Dios a hacer evidente la presencia de Jesús a través de nuestra vida, de acuerdo con nuestra propia vocación. No debemos permitir que los trágicos escándalos en la Iglesia, u otros desafíos que hemos enfrentado, nos impidan vivir nuestra fe en Jesucristo. Ya sé que muchos de ustedes viven esa fe tan vibrantemente en esta Diócesis. Oímos a San Pablo a Timoteo, *“No te avergüences, pues, del martirio de nuestro Señor.” Dice San Pablo. “Al contrario, sufre por el Evangelio, sostenido por la fuerza de Dios.”* Que hemos todos recibido en nuestro Bautismo y Confirmación. Pablo continúa diciendo por qué no se avergüenza e incluso está dispuesto a soportar el sufrimiento. Es porque, como él dice, *“porque sé en quién he puesto mi confianza”* Pablo está convencido del poder del Evangelio porque conoce a Jesucristo. Jesús es el centro de su vida. Su amistad íntima con Jesús marca la dirección de Su vida, y Él no podría avergonzarse de Jesús y del poder del Evangelio.

También nosotros estamos invitados a entrar cada vez más profundamente en nuestra amistad con Jesús. Llegar a conocer y amar a Él “en quien hemos creído”. De esta manera, Jesús será reconocido y conocido en nosotros. Jesús, a quien creemos que vive en nosotros, también obra a través de nosotros. Jesús, a quien creemos que está tan presente con nosotros en Su precioso Cuerpo y Sangre en la Eucaristía. Él nos alimenta consigo mismo, para que seamos cada vez más configurados a su semejanza y seamos cristianos que irradiemos la alegría del Evangelio a los demás; especialmente aquellos que están perdidos, en los marginalizado, no conectados a la Iglesia, que no conocen a Dios, y mucho menos saben cuánto son amados por Dios, y que incluso cuando está “turbio y oscuro” que la mirada amorosa del El Padre siempre está sobre ellos, anhelando que se vuelvan y sean abrazados en Su misericordia.

Afortunadamente yo tuve la oportunidad de concelebrar la Misa en la Basílica de San Pedro en Roma el domingo de Pentecostés hace varias semanas, con el Papa Francisco presidiendo y predicando. En su homilía, el Santo Padre dijo esto: “Hoy en el mundo hay mucha discordia, mucha división. Estamos todos conectados y, sin embargo, nos encontramos desconectados entre nosotros, anestesiados por la indiferencia y oprimidos por la soledad.” Recordando la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés, el Papa Francisco continuó diciendo: “entonces que el Señor, en el culmen de su Pascua, en el culmen de la salvación, derramó sobre el mundo creado su Espíritu bueno, el Espíritu Santo, que se opone al espíritu de división porque es armonía; Espíritu de

unidad que trae la paz. Pidámosle que venga cada día a nuestro mundo, nuestra vida, y frente a cada división.”

Mis hermanas y hermanos, si estamos atentos al Espíritu podemos ser instrumentos de la acción del Espíritu y, como fieles discípulos de Jesús, colaborar en la construcción de la “cultura del encuentro” que el Papa Francisco prevé para nuestro mundo. En su Carta Encíclica, *Fratelli Tutti* – “Hermanos y hermanas todos” – escrita en 2020 mientras gran parte del mundo permanecía bajo restricciones derivadas de la pandemia de COVID 19, el Santo Padre escribió estas palabras: “Anhelo que en esta época que nos toca vivir, reconociendo la dignidad de cada persona humana, podamos hacer renacer entre todos un deseo mundial de hermandad... Soñemos como una única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos.”

Amigos, es con este sueño del Santo Padre en mente, que elegí la imagen en la tarjeta Santa para esta Instalación; la imagen del vitral aquí en nuestra Catedral de San Patricio, que representa a San Patricio, el patrón de nuestra Diócesis, predicando y comprometiéndose con el Rey y la Reina Druida de Irlanda antes de su conversión al cristianismo. A un gran costo personal, y con tremenda humildad y apertura al perdón, San Patricio se comprometió con aquellos que no solo no estaban de acuerdo con él, sino que en realidad lo habían perseguido. Esta ventana proporciona una imagen de cómo nosotros, los Católicos de la Iglesia en Harrisburg, reunidos a la sombra del edificio de la capital del Estado de Pensilvania, debemos mirar *hacia afuera* y comprometernos con la cultura con el deseo de encontrarnos con los demás, escuchar, discernir y actuar, siempre guiados por el Espíritu Santo, y el mensaje positivo y redentora del Evangelio.

El sueño del Papa Francisco ha encontrado una expresión práctica al alentar el desarrollo de la “sinodalidad” como la forma normativa en que la Iglesia debe funcionar. Necesitamos estar abiertos a cómo el Espíritu nos hablará a través del otro en nuestros encuentros, para que juntos, habiendo *escuchado*, podamos *discernir* lo que el Espíritu nos está llamando a hacer, y luego *actuar* en consecuencia. Este es un desafío para cada uno de nosotros para vivir nuestra fe más activamente; ser cristianos en los que se reconozca a Jesús.

Mis hermanas y hermanos de la Iglesia en Harrisburg, en este día que asumí la responsabilidad de ser su obispo, los invito a unirse a mí en la obra de renovar y fortalecer nuestra fe; en abrir de nuevo nuestro corazón al poder del Espíritu Santo, que inflamará el don de Dios que hemos recibido y en centrar nuestra vida en nuestra relación con Jesucristo. Parafraseando las palabras del Cardenal Joseph Bernardin hace muchos años, cuando llegue el día en que mi nombre deje de mencionarse en la Plegaria Eucarística en la Misa, que todos hayamos llegado hasta más plenamente a “conocer a Él en quien hemos creído”.